

Santificados por Cristo (10.11–18)

Después de haber subrayado la insuficiencia de los sacrificios de animales, el autor de Hebreos demostró a continuación la eficacia de la ofrenda de Cristo. Dio pruebas de la exaltación presente de Cristo en la finalidad de Su sacrificio (vers.^{os} 11–14) y en el testimonio del Espíritu Santo (vers.^{os} 15–18).¹

¿Qué hizo realmente Cristo por nosotros? ¿Cómo satisfizo Su muerte las exigencias de la justicia para llevarnos a la santificación? La última parte doctrinal de Hebreos, 10.11–18, responde a algunas de estas preguntas.

CRISTO, NUESTRO SEÑOR EN EL TRONO (10.11, 12)

¹¹Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; ¹²pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios.

Vemos a Jesús, en primer lugar, como nuestro Salvador sentado en el trono. El versículo 11 dice: «todo sacerdote está día tras día ministrando». Los sacerdotes jamás podían sentirse como en casa en el tabernáculo o el templo, porque siempre tenían que estar de pie. El *estar de pie* demuestra que el trabajo de perdonar pecados nunca era completo en el antiguo sistema. Por el contrario, Jesús está en casa, sentado en la gloria, con Su labor de sacrificio realizada. «Un sacerdote sentado es garantía de una obra terminada y de un sacrificio aceptado».² La idea

¹Gareth L. Reese, *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Hebrews (Comentario crítico e interpretativo de la Carta a los Hebreos)* (Moberly, Mo.: Scripture Exposition Books, 1992), 167, n. 1.

²F. F. Bruce, *The Epistle to the Hebrews (La Carta a los*

de que Cristo está sentado a la diestra de Dios es un pensamiento prominente del Nuevo Testamento y fue útil para judíos convertidos. Por lo general, se presenta junto con la frase «Dijo el Señor a mi Señor» (Hechos 2.34–36; vea Salmos 110.1).

La ofrenda constante de «los mismos sacrificios» realizada mediante el antiguo sacerdocio era solamente «una secuencia de ceros».³ El énfasis en «los mismos sacrificios» destaca que el ritual de las ofrendas tenía que realizarse cada día. La obra sacerdotal de la Ley era tan continua que muchos sacerdotes tenían que cambiar de turno en el trabajo. Las misteriosas religiones paganas del primer siglo tenían sus «sacrificios» continuos a sus dioses, sin embargo, solamente el cristianismo tiene un acto completo y realizado una sola vez por nuestro Señor, que nos salva del pecado para siempre. Ninguna otra religión tiene tal acontecimiento único en la historia que cumpla con los deseos de salvación de todo el mundo. Ningún sacerdote, excepto Cristo, podía sentarse habiendo completado totalmente su labor (vers.^o 12). La labor de obtención de nuestra redención de Jesús ya fue realizada.

CRISTO, NUESTRO SEÑOR A LA ESPERA (10.13, 14)

... ¹³de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; ¹⁴porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.

En segundo lugar, vemos a Jesús como nuestro Señor a la espera. Él ha estado «esperando hasta

Hebreos), The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 239.

³Neil R. Lightfoot, *Jesus Christ Today: A Commentary on the Book of Hebrews (Jesús hoy: Comentario sobre el libro de Hebreos)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976), 187.

que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies» (vers.^o 13). Aquí tenemos otra cita de Salmos 110.1. El salmo fue utilizado repetidamente en los capítulos 5 y 7. En 1^a Corintios 15, Pablo hizo comentarios adicionales sobre este pasaje. Cristo, habiendo hecho Su gran sacrificio, ahora espera hasta el final de los tiempos, cuando entregará el reino al Padre (1^a Corintios 15.24). Esto ocurrirá cuando el último enemigo—la muerte—sea destruido en la resurrección (1^a Corintios 15.26). En el momento cuando Jesús regrese, cuando ocurra la resurrección, entregará Su reino de regreso al Padre. Esto está en directa oposición a la idea en cuanto a que comenzará un reinado en el momento de Su regreso (1^a Corintios 15.23, 24).

La tierra camina hacia el último día en que Cristo será triunfante sobre todos los enemigos que tenemos. La muerte es la última en ser abolida (1^a Corintios 15.26). Cuando Cristo venga, vendrá el final, pues Su venida será en «el día postrero» (Juan 6.39, 44). Ese día, tanto justos como impíos muertos serán resucitados (Juan 5.28, 29). Esto sugiere que será el momento del juicio final que ha de ocurrir después de la resurrección de los muertos.

La idea de que una ofrenda es suficiente se repite en el versículo 14. Es mediante la acción de Cristo que los creyentes son «santificados». Traducido de ἁγιαζῶ (*hagiazō*), la palabra «santificar» significa «hacer santo» o «consagrar para un propósito santo».⁴ Este proceso ha sido aplicado a todos los que se han revestido de Cristo (Gálatas 3.26, 27). Se han levantado para andar en una nueva vida (Colosenses 2.12; 3.1), una vida de santidad (1^a Tesalonicenses 4.1–8).

Tenemos la responsabilidad de vivir de esta manera, porque hemos sido santificados por Cristo. Mucho después de que Jesús había *apartado* a sus apóstoles para el servicio, oró por una continua santificación de ellos (Juan 17.17). En Él, logramos esta santificación, que ayuda a producir «la paz de conciencia que la ley nunca podía dar».⁵ Algún día

⁴ Este es un participio presente, por lo que es una acción continua. Las frases «hizo perfectos» y «los santificados» están en tiempos diferentes. La primera está en tiempo perfecto, queriendo decir «la acción pasada completada con consecuencias continuas», y la segunda está en «Presente, [en] una acción progresiva e incompleta de un evento en progreso... [es] claro que la salvación del creyente es tanto un hecho completo, un evento en progreso y una promesa a futuro» (Jim Girdwood y Peter Verkruyse, *Hebrews* [Hebrews], The College Press NIV Commentary [Joplin, Mo.: College Press Publishing Co., 1997], 315.)

⁵ Moses Stuart, *A Commentary on the Epistle to the Hebrews* (Comentario sobre la Carta a los Hebreos) (London: William Tegg & Co., 1856), 461.

nos uniremos a los millones de redimidos.

El ser «santificados» significa que estamos «perfeccionados» (τελειόω, *teleioō*, vea 2.10; 7.11, 19, 28; 10.1). La santificación es provista a los miembros de la iglesia del Señor, lo cual se logra mediante la Palabra, como aseveró Jesús en Juan 17.17. También viene ligado al «lavamiento del agua», una clara referencia al bautismo (Efesios 5.25, 26; vea Hebreos 10.22). Ambos elementos son esenciales para nuestra santificación.

CRISTO, NUESTRA PLENA EXPIACIÓN (10.15–18)

¹⁵Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: ¹⁶Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor. Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré, ¹⁷añade. Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones. ¹⁸Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado.

En tercer lugar, la noticia más grande de todas es que vemos a Cristo como nuestra plena expiación (vers.^{os} 15–18). Al igual que podría esperarse que un predicador lo hiciera, el autor regresó a un texto principal, citando lo suficiente como para recordarles a sus lectores del mismo y para enfatizar su mensaje principal. El pasaje citado es de Jeremías 31.31–34 y se le atribuye al Espíritu Santo. Este es el único pasaje en el Antiguo Testamento que apunta a un «nuevo pacto». El autor también indicó que fue escrito especialmente para los de la Era Cristiana, haciendo hincapié en el mismo pensamiento declarado por Pablo en 1^a Corintios 10.6, 11. Tenemos que leer el Antiguo Testamento como si hubiera sido escrito específicamente para nosotros—porque así fue, pese a que las leyes del Antiguo Testamento no son vinculantes para nosotros. Los principios básicos de Dios que requieren la obediencia nunca cambian. Recordemos que la Ley incluso trajo gentiles a Cristo. (Vea Gálatas 3.24; podemos suponer que la mayoría de los gálatas eran gentiles).

El Espíritu Santo nos «atestigua» (μαρτυρέω, *martureō*). En 8.8, el autor señaló a Dios como el vocero, sin embargo, no hay una verdadera distinción en el significado. Toda la Escritura «proviene de Dios», es «inspirada» por el Espíritu Santo (2^a Timoteo 3.16, 17).

La presente cita no es exactamente la misma de 8.8–12, sin embargo, contiene la misma verdad. El autor utiliza un enfoque homilético, reformulando el texto del Antiguo Testamento y explicándolo más detalladamente para aclarar y resaltar más

las enseñanzas.

El hecho de que esta cita no se ajuste palabra por palabra a Jeremías 31.33 y sig. [...] demuestra una vez más que lo que más importa es el sentido de las palabras, y no el apego servil a cada una de ellas (en efecto, un literalismo rígido de hecho excluye la legitimidad e incluso la posibilidad de traducción e interpretación) [...]. Por consiguiente, al Espíritu Santo mismo [...] le interesa más bien que se entienda y aplique la verdad de la que él es la fuente.⁶

En Hebreos, se dan con frecuencia la reformulación y la explicación. Cualquier discrepancia ligera en la cita de ninguna manera niega la total inspiración de parte del Espíritu de este pasaje o de cualquier otro en las Escrituras.

El testimonio del Espíritu Santo fue realizado en (y mediante) la Palabra de Dios. Lo que fue escrito por los profetas y otros hombres inspirados se encuentra ahora en las Escrituras. Por lo tanto, podemos decir que cuando un hombre inspirado leía e interpretaba el significado del Antiguo Testamento, contamos con una explicación tan plenamente fidedigna como la del texto original que fue citado. Esto constituye una declaración firme de los siguientes puntos: 1) Los profetas escribieron por la inspiración y la autoridad que recibieron de Dios y 2) Podemos leer la Palabra de Dios en una traducción actual (2ª Pedro 1.20, 21).

Jeremías escribió en Jeremías 31.31–34 acerca de un «nuevo pacto» que había de venir, sin embargo, él tenía más autoridad que sus propias palabras, pues fue inspirado por el Espíritu Santo. ¿Qué otro pacto podría ser este nuevo pacto que no fuera el que diera Jesús?

El punto principal de contraste entre el viejo y el nuevo pacto consiste en la remisión completa y total de los pecados bajo el nuevo, sin necesidad de seguir realizando sacrificios. Dios tiene el poder para olvidar (vers.^o 17). En vista de que Dios está plenamente justificado ahora en cuanto a perdonarnos, gracias a la muerte de Jesús, no hay fundamento en las Escrituras para cualquier clase de sacrificio *continuo*. El cuerpo de Cristo no puede ser ofrecido en una misa ni en cualquier otro tipo de culto, porque fue hecho una vez «para siempre» (vers.^o 12) y el mismo ofrece plena salvación (9.26–28; 10.14). El hecho de que Dios «nunca más» recuerde el pecado es la misma idea de la «remisión

⁶ Philip Edgcumbe Hughes, *A Commentary on the Epistle to the Hebrews (Comentario sobre la Carta a los Hebreos)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1977), 403.

de [pecados y transgresiones]» o del «perdón de los pecados» (vers.^o 18; Hechos 2.38). Esto se realiza ahora en Cristo. No necesitamos esperar un juicio final; tenemos la remisión de nuestros pecados por obedecer al evangelio. Una vez que se haya logrado, no es necesaria una ofrenda adicional por el pecado.

CONCLUSIÓN

Con el pasaje anterior termina la parte doctrinal de la Epístola a los Hebreos. El resto del libro se centra en ejemplos de fe y en nuestro seguir a Cristo, el consumidor de nuestra fe, en nuestra vida diaria.

PREDICANDO SOBRE HEBREOS

UN SERMÓN DENTRO DE OTRO SERMÓN (10.1–18)

El autor de Hebreos estaba revisando y reutilizando ideas presentadas anteriormente en 10.1–18, sin embargo, ¿no es esto parte del método de enseñanza? A menudo puede ser útil realizar un resumen de lo que se ha enseñado, incluso antes de aplicarlo. Eso es lo que el autor hizo en estos versículos.

Las amonestaciones comienzan después del versículo 18, a pesar de que ya se han dado advertencias ocasionales en la epístola (2.1–3; 3.12, 13; 5.11–14; 6.11,12). Una advertencia de vez en cuando, incluso en la sección de exposición de una lección, puede ser útil como preparación para un último llamado dramático y emotivo al final. ¡El cierre de un sermón debe ser solamente eso! Y es exactamente lo que hizo el autor de Hebreos.

DE PIE, NO SENTADOS (10.11, 12)

Nadie se sentaba en la presencia de la Deidad sin el permiso divino. Los sacerdotes que servían en el tabernáculo, o en el templo, no podían sentarse, sino que tenían que realizar todas sus funciones de pie. El estar siempre de pie indicaba que su labor nunca terminaba y daba a entender que el perdón de los pecados no se adquiriría mediante sus esfuerzos. A diferencia de estos sacerdotes del Antiguo Testamento, Cristo podía sentarse en el cielo a la diestra de Dios (1.3; 8.1; 10.11, 12; 12.2). Él ha perfeccionado plenamente a todos los que son santificados (vers.^o 14); habiendo realizado esto, no hay necesidad de que labore constantemente por nuestra redención.

¿SIGUEN VIGENTES LOS JUICIOS? (10.13)

Puede que Dios permita castigos en nues-

tros días que nos afligen como consecuencia del pecado. Esto debería crear un ablandamiento de nuestros corazones, haciéndonos más sumisos a Su voluntad (vea 12.4–11). Es imprescindible que no permitamos que el sufrimiento actual—o algún teólogo— nos haga olvidar el Día del Juicio final. El Juicio no consistirá en un relato de nuestras malas acciones, pues en Cristo estas son perdonadas. Con Dios, lo que se perdona es también olvidado.

El mundo está condenado por la muerte de Cristo en la cruz, sin embargo, esa condena está lejos de ser un juicio final. Por medio de la muerte de Cristo, Satanás ya ha sido juzgado (Juan 12.23–32), sin embargo, por la razón que sea, todavía se le permite tentar y afligir al pueblo de Dios. Tal vez, Dios le ha permitido continuar probándonos hasta cuando finalmente sea destruido en el lago de fuego (Apocalipsis 20.10).

LA MANERA COMO EL ESPÍRITU SIGUE ADMINISTRÁNDONOS (10.15)

El Espíritu «testifica», o actúa como un «testigo» (KJV), mediante el testimonio de la Palabra escrita de Dios. Sus palabras y promesas tranquilizan a los cristianos. Con todo el testimonio que el Espíritu Santo nos ha dado en la Biblia, ¡Cuán presuntuoso es que le exijamos a Dios que nos siga testificando directamente! Es el colmo de la audacia y no tiene fundamento bíblico. No es necesario recibir «señales» de Dios hoy en día. En las Escrituras se encuentra fácilmente todo lo que necesitamos para «la vida y [...] la piedad» (2ª Pedro 1.3).

«La expresión *nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo* podría ser entendida alternativamente en el sentido de ser testigo con relación a nosotros, en lugar ser dirigida a nosotros».⁷ Lo que leemos en la Biblia es el Espíritu Santo hablándonos, y lo que Dios ha hablado no es necesario que se repita.

Si queremos escuchar el verdadero testimonio del Espíritu Santo, y no nuestros propios pensamientos internos que nos engañan, debemos escuchar las palabras del Espíritu presentes en las Escrituras.

El autor de Hebreos no tenía ninguna duda de que el Espíritu Santo había inspirado totalmente al profeta Jeremías en la profecía citada,

⁷ Donald Guthrie, *The Letter to the Hebrews: An Introduction and Commentary (La Carta a los Hebreos: Introducción y comentario)*, The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 209.

o de que Dios diera todo el Antiguo Testamento. Hebreos 10.15–17 es citado de Jeremías 31.33, 34. Pablo creía que sus propias palabras fueron proporcionadas mediante la misma clase de inspiración, de acuerdo a 1ª Corintios 14.37. Sus escritos fueron también «Escritura» (2ª Pedro 3.16). «Toda la Escritura» es inspirada por Dios, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento (2ª Timoteo 3.16).

LOS PECADOS SERÁN OLVIDADOS (10.18)

«Las consecuencias del pecado son tres, a saber: la deuda que necesita el perdón, la servidumbre que necesita la redención, la separación que necesita la reconciliación».⁸ El pecado, con sus consecuencias, es algo horrible. Nos pone en deuda con Dios y con los demás, nos esclaviza a la adicción o al hábito, y con el tiempo nos separa de seres queridos y de Aquel al que debemos amar profusamente. La separación causada por el pecado comienza en esta vida y continúa por la eternidad.

Los viejos sacrificios «nunca [podían] quitar los pecados» (vers.º 11), sin embargo, Dios ahora deja de recordar nuestros pecados. En la antigüedad, el ministro de una corte mantenía registros o notas de todo lo que sucedía en presencia del rey. Fue denominado el «evocador». Su tarea consistía en recordarle al rey de las decisiones y acciones anteriores. Nuestro Dios no tiene tal siervo, sino que a Su lado se sienta (tal vez en sentido figurado) Su único Hijo, que puede recordarle al Padre de Su propio sacrificio que proveyó perdón para todos Sus hijos.

UN SACRIFICIO ES SUFICIENTE

«Sin la expiación de Cristo no hay remisión ni libertad del pecado. Este es el centro de toda la Escritura. Los que suprimen este [concepto], porque lo consideran “la teología de la vieja sangre”, han dejado solamente un cadáver sin esperanza».

The Interpretation of the Epistle to the Hebrews And of the Epistle of James (La interpretación de la Epístola a los Hebreos y de la Epístola de Santiago)

R. C. H. Lenski

⁸ Brooke Foss Westcott, *The Epistle to the Hebrews: The Greek Text with Notes and Essays (La Carta a los Hebreos: El texto griego con apuntes y ensayos)* (London: Macmillan Co., 1889; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1973), 316.